



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 42. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Noviembre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquín Balmaseda. — Traje nupcial. — Traje para visitas. — Gola de novedad. — Chaqueta-blusa para niña. — Traje para niño de 6 á 10 años. — Traje de invierno para niña. — Vestido con túnica y falda lisa para señora. — Vestido bullonado. — Traje para niña de 8 á 12 años. — Dos elegantes vestidos de paseo para señora. — Sombrero de terciopelo y pluma. — Sombrero *Amelia*. — Sombrero *Maria*. — Collar bordado de azabache. — Fichú cerrado por atrás. — Peinados de moda. — Acerico. — Limpia plumas. — Cigarrera. — Modo de sacar con facilidad los patrones. — LITERATURA: El egoísta,

por Faustina Saez de Melgar. — A la memoria de mi hija, poesía, por Gerónimo Couder. — A una rosa, poesía, por Ciriaco Camargo. — Santa Teresa de Jesus, por María del Pilar Sinués de Marco. — Historia natural, por Nicolás Díaz y Perez. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Los teatros, por la Baronesa de Wilson. — Explicación de la magnífica lamina de confecciones que se repartió á las Sras. Suscriptoras de año y medio año con el número del 2 de Noviembre. — Consejos para reformar los trajes antiguos. — Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2. TRAJES PARA SEÑORA.

1. *Traje nupcial*. — Vestido de faya blanco ó de tafetan doble para viso, y otro encima de muselina de la India, ó de tarlatana, con ancho jareton y jaretitas en el bajo de la falda: cuerpo-blusa plegado tambien y ceñido con cinta de faya blanca: la manga repite el mismo adorno de plieguecitos, y completa el traje corona de azahar y velo de tul.

2. *Traje para visitas*. — Vestido de faya de color Antonelli, la falda con ancho volante montado con cabeza y rizado al borde inferior. Túnica abierta por delante, orillada al borde de un doble vivo más claro, así como la aldetta abierta del centro: cuatro bieses de la misma tela con lazos forman fichú, continuándose los lazos mayores por delante en la falda y repitiéndose en la vuelta de manga. La túnica son dos grandes delanteros rectos que se unen por detras con gran lazo de la misma tela, sosteniendo el pouf de la falda. Sombrero de tul negro bordado de azabache con biés de terciopelo y una rosa.

3 y 4. SOMBREROS.

El primero es de castor, con biés de terciopelo en el ala y todo el fondo cubierto de pluma, con una guarnicion de pluma derecha todo alrededor del ala vuelta: un gran lazo rosa adorna el sombrero por detras y otro más pequeño con una rama de flores de azabache por delante.

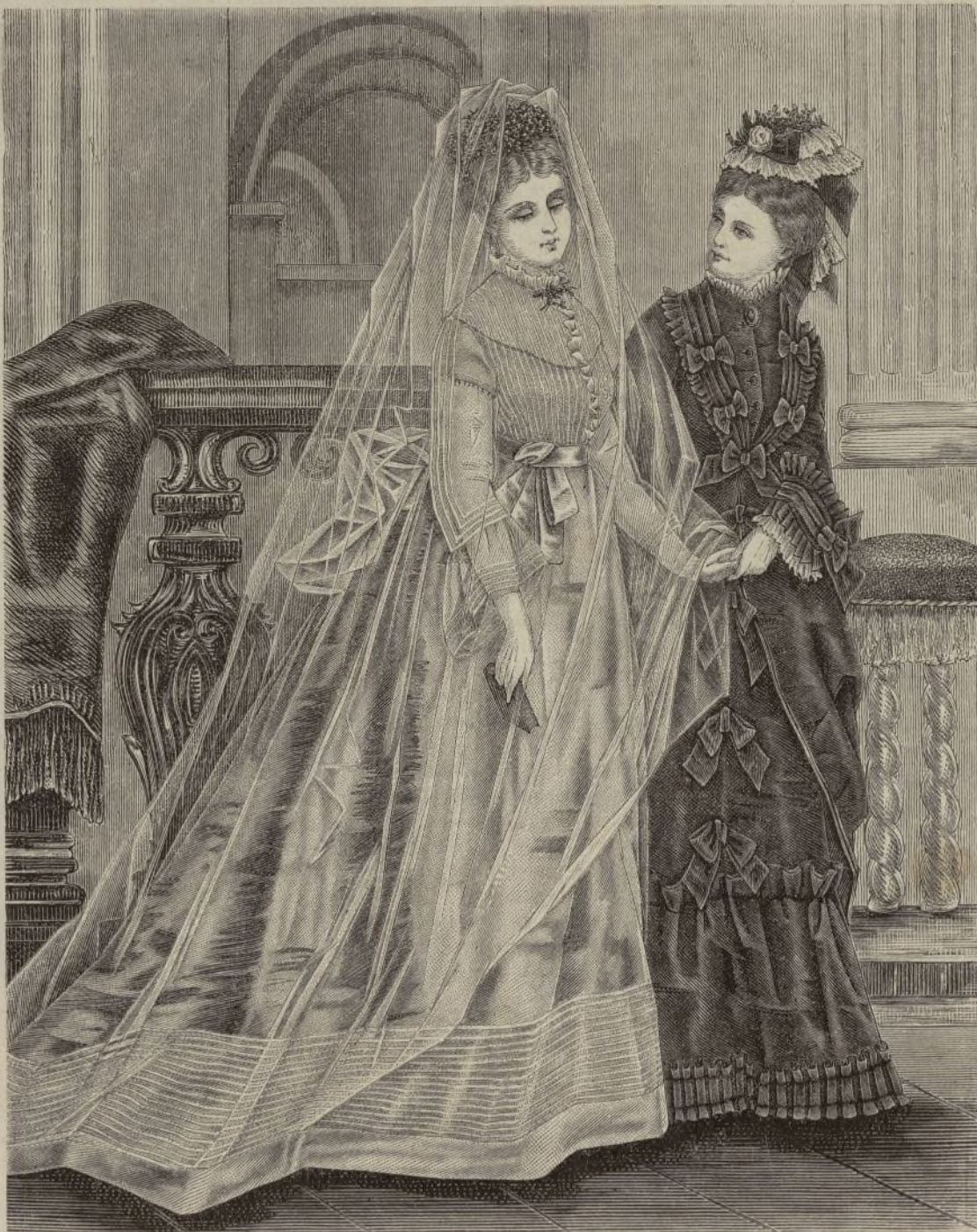
El segundo es de terciopelo, con una diadema ó ruche debajo del ala de pluma, y grupo de pluma á un lado del fondo con un sprit. Lazo con caidas de faya negra.

5. GOLA CON PUNTAS DE CUELLO.

Bordado sobre muselina. Necesita esta gola una tira de muselina de 89 cents. de largo por 6 de ancho en el centro, estrechando algo de los extremos, donde vuelven los dos picos en forma de cuello. El dibujo son lunares al pasado.

6 y 7. CHAQUETA BLUSA PARA NIÑA.

El adorno por delante figura peto ó plaston, con bieses de terciopelo y botones de metal: el borde de la chaqueta y cuello llevan biés semejante, y la espalda forma tabla Wateau sujeta con presilla de color más oscuro como los bieses. Puede hacerse en paño azul marino con bieses de terciopelo inglés del mismo color.



1 y 2. TRAJES PARA SEÑORA.

1. Traje nupcial.

2. Traje para visitas.

8. TRAJE PARA NIÑO.

Para el corte véanse los números de Octubre. Calzon y blusa de paño á cuadros blancos y negros, adornado con pequeños terciopelos, cuello, vueltas de manga y cinturón de terciopelo: chaleco de la misma tela abotonado hasta el cuello, cerrando la blusa con muletillas de pasamanería.

9. VESTIDO PARA NIÑA.

Es de cachemir gris, adornado de bieses de seda azul de distintos anchos, formando cenefa en la falda; y la chaqueta, abierta sobre chaleco, azul, con botones de nácar. Los bieses y el plegado se repiten en la manga, completando el vestido un cinturón echarpe de seda azul.

10. TRAJE DE INVIERNO PARA NIÑA.

Este traje es propio para jardines ó para ir al campo en el invierno; compónese de falda de franela á cuadros, con tres plegados de tela lisa del color del cuadro y túnica igual, cortada al biés, con plegado liso alrededor y biés de cuadros á la pegadura. Chaleco liso correspondiente al adorno, y echarpe para la cabeza de punto blanco. Este traje seria de buen efecto en franela blanca y azul con los adornos de Biarritz azul.

11. ACERICO.

Una estrella bordada de guipure sobre nanzouk forma la cubierta de este acerico, que puede ser tambien de crochet, malla ó encaje irlandés. El acerico tiene 17 cents. de diámetro, se hace primero de percalina y se forra de seda, adornándole alrededor un volante de seda picado y una doble ruche de seda y muselina.

12. LIMPIA-PLUMAS.

Labor de capricho imitando un calienta piés.

Córtase en piel encarnada de 8 cent. de ancho por 7 de largo, ejecutándose un bordado ligero con seda y algo de oro: una tira de piel forma la union de ambas caras, ocultando las costuras un cordón de seda. La abertura va ribeteada de felpa, y el interior relleno de paño picado con las orillas hacia afuera para limpiar la pluma.

13. CIGARRERA.

Mosáico de maderas.

Tiene la forma de una cubeta, que se obtiene con 5 pedazos de carton de 9 cents. de largo por 4 de ancho cada uno en los extremos y $5\frac{1}{2}$ en el centro. Despues de ribetear los bordes de la cubeta de papel madera como la misma se habrá forrado, se cubre de casillas de paja cosiéndolas al carton, para lo cual no hay más que dejarlas ántes un momento en agua tibia: del mismo modo se colocan, siguiendo el dibujo, bellotas, castañas, nueces y demás frutos de los bosques, teniéndolos ántes en agua para po-

derlos trabajar. La bandeja en que descansa la cigarrera es lo mismo, y á ella se cose fuertemente del centro la cubeta, dándole despues á todo muchos baños de barniz copal.

14 á 17. TRAJES DE SEÑORA.

14. *Vestido con túnica y falda lisa.*—Es de epíngle de lana marron con falda lisa y túnica adornada de biés y lazos de terciopelo inglés del mismo color: los lazos de la túnica son de terciopelo y faya, y en la manga va un lazo de faya sobre la vuelta de terciopelo. (Véase para el adorno del cuello el núm. 18).

15. *Vestido bullonado.*—Está hecho en belga diagonal gris con bieses y cabecillas de faya del mismo color. La falda lleva volante de 30 cents. cortado al biés, con biés y cabecilla en el bajo y dos anchos bullones encima, cada uno con sus cabecillas. El biés se repite en la túnica, y la chaqueta lleva al borde cabecilla y fichú-solapas de faya.

16 y 17. *Vestido para paseo.*—Estos dos grabados representan el mismo vestido con distintos adornos. La falda del primero lleva volante con bullon y doble cabeza separada por bieses, y la del segundo tres plegados á la inglesa. La túnica va abierta por delante con los delanteros enteros y la parte de atras montada á una cinturilla bajo dos patas prolongadas que salen del costadillo á sostener el pouf de la túnica. Un biés adorna la del primer modelo, y biés y fleco la del segundo, que es de cachemir negro sobre vestido de faya oscuro: el otro vestido es de Biarritz color de reseda. Sombrero de castor con pájaro bronceado

18. COLLAR BORDADO DE AZABACHE.

Necesita 2 metros de cinta de terciopelo de 3 cents. de ancho, á la que se hace punta en el centro para delante y se anuda por detras; al borde superior lleva una doble gola de tul blanco y negro, y al inferior un encaje de 5 cents. de ancho bordado de azabache.

19 y 20. FICHÚ.

Aunque parece extraño á primera vista ver las puntas del fichú cruzadas en la espalda con un lazo ó una flor, el capricho en la moda lo autoriza todo: el fichú se hará de encaje blanco ó negro, y los grabados presentan el modo de colocarle.

21. SOMBRERO MARTA.

Hácese en faya y terciopelo, y lazadas de cinta con un grupo de rosas le adorna á un lado. Velo echarpe moteado de azabache le completan.

22 á 26. PEINADO DE CASTAÑA Á LO LUIS XVI.

El peinado bajo ha vencido al que se elevaba monumental sobre la cabeza: estos modelos presentan el último peinado inventado por la Moda y le presentan de todos lados. Los números 24 y 25 presentan la castaña postiza, y como una media peluca se coloca sobre la trenza natural, con la que se habrá hecho un pequeño rodete, y un elástico ciñe por abajo el postizo á la cabeza. El pelo de los rizos se vuelve entonces ondulado sobre la peluca, rizada tambien, de modo de confundir los cabellos unos con otros. De este modo presentan ya la cabeza los núms. 22 y 23. El núm. 26 es un *molde-camarista* para colocar la castaña y peinarle sin auxilio de nádie.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Se colocará sobre una mesa el patron ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódicos. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Despues de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien ántes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos AA se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos tambien que ántes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones de-

talladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfeccion.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----) pues estas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre ella la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (-----) indican cuando el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.



EL EGOISTA.

(Conclusion).

Lucila y su padre le temblaban y le aborrecian, hartos ya de su insoportable tiranía, le dejaron en completa libertad, formando círculo aparte, sin cuidarse de él para nada.

La frialdad más glacial iba apoderándose de sus corazonas, cuando un nuevo acontecimiento les hizo concebir la esperanza de cambiar aquel genio irascible y adusto. Lucila tuvo un niño, y este lazo bendito restableció por de pronto la armonía que perturbaba aquel malhadado matrimonio.

Salustio amó á su hijo; pero así que empezó á sufrir las naturales molestias que ocasionan los niños, se irritó y abandonando el dormitorio de su mujer, hizo trasladar su cama al otro extremo de la casa.

Con motivo de haberle dado el Gobierno un destino de los principales del Estado, puso su despacho en la mejor pieza de la casa, y se instaló en completa independencia de su mujer y de su suegro.

Lucila recibió esta medida con sumo contento, porque así quedaba dueña de cerrar las ventanas cuando le pareciese, impidiendo que los rayos del sol turbasen el sueño de su pequeño ángel.

Sin embargo, una medida tan violenta produjo disgusto en la familia, que por su parte correspondiera con variar las horas de comer, dejándole solo en la mesa como él los había dejado en sus habitaciones.

La tirantez de relaciones entre la mujer y el marido y entre el yerno y el suegro se fué aumentando de día en día, hasta que por una bagatela sobrevino un rompimiento; y Salustio, que había empezado por abandonar la alcoba de su mujer, abandonó la casa y se separó tomando casa aparte, sin más compañía que los criados dedicados á su servicio.

Poco despues la separacion fué un hecho consumado, porque ni un solo paso dieron para reconciliarse su mujer y su suegro, que le odiaban sin poderlo remediar.

El egoismo, esa planta maldita que envenena todos los afectos más santos, había echado tan hondas raíces en el corazón de Salustio, que era ya imposible atajar el mal. Se sobrepone á los sentimientos purísimos del alma y convierte al hombre en un ente ridículo y repulsivo.

El infeliz, en su satánico orgullo, creyó que no necesitaba de nádie, y volvió orgullo por orgullo, violencia por violencia, ceguedad por ceguedad, de manera que la cadena se rompió por completo.

Me basto y me sobro yo para ser feliz, dijo: y efectivamente, durante algun tiempo creció su fortuna, fué rico, compró en su pueblo la casa de su padre y parte de su hacienda y se dedicó á hacer el amor á Ana, que le despreció altamente.

Ante la repulsa de su antigua amante, se detuvo y volvió á su vida extraña y extravagante: vivía solo, pero siempre con opulencia, cuidando de aparentar á los ojos de la sociedad más de lo que era.

Un cambio político echó á tierra su castillo de náipes; una nueva situacion se apoderó de las riendas del estado, y Salustio, que á todo trance queria figurar y conservar su destino, aduló al nuevo poder; pero en un hombre ya de su altura no sientan bien las variaciones; desconfiaron de él y le dejaron cesante, y lo que es peor, desprestigiado para con su partido que no miró con buenos ojos la marcada evolucion de su correligionario.

Quiso abrir su bufete; pero ¡ay! se encontró sin pleitos que defender, sin familia, sin afecciones y sin dinero. Entonces comprendió la ceguedad de su conducta y se arrepintió; pero ya era tarde. Su mujer y su suegro se habían marchado al extranjero, con el inmenso pesar de haber visto morir á su hijo. Su padre se

presentase en la casa á recibir el último suspiro de su hijo.

Este rasgo de dureza acabó de llenar la medida. Semejante crueldad denunciaba un corazón empedernido y desprovisto de todos los afectos tiernos, por lo que impresionados profundamente el padre y la hija, resolvieron alejarse de España, dejándole abandonado á su suerte.

La familia y el amor son los únicos bienes que nos ligan á la tierra; todos los demás son perecederos, y el egoista no puede disfrutarlos, porque en su alma estéril y seca no brota ni una flor. Es un sér sin calor y sin sentimiento el que vive para sí propio, el que no comunica su fuego celeste á los demás, el que solo atiende á su dicha sin cuidarse para nada de la agena, y no debe extrañar que si solo quiere gozar sin hacer partícipes de sus goces á las personas de su cariño, le dejen solo en la desgracia como lo está por su gusto en la fortuna, y llegue á verse en el aislamiento y la desesperacion.

Cuando hubo satisfecho todas las aspiraciones de la vanidad y sufrió mil desengaños en el mundo, aborreció la política y se retiró al fondo de su casa. Miró en torno suyo y solo vió las implacables paredes que le miraban siempre con su faz de hielo. Ni una sonrisa amistosa, ni una dulce mirada correspondiendo á la suya.

Cayó enfermo con el tifus, y se vió asistido por manos mercenarias; ni un amigo, ni un pariente, ni una voz cariñosa le consoló en su infortunio.

El egoista siembra en su derredor abrojos y recoge espinas. Estaba solo, enteramente solo, entre seres extraños.

Su fuerte naturaleza y su voluntad de hierro le hicieron triunfar del mal; salió del peligro, y cuando empezó á convalecer le mandaron los aires del campo.

Se acordó de su niñez, de su casa, de sus padres y hermanos, y corrió á su pueblo natal. Empezó á sentir inextinguible sed de afectos tiernos que reanimasen su muerto corazón.

En los tiempos de su buena fortuna había mandado comprar la casa y parte de la hacienda de su padre; y esto eran los únicos bienes que le quedaban, insuficientes para atender á sus necesidades.

Buscó á sus hermanos, olvidados en el tiempo de la prosperidad, y no los encontró: unos habían muerto, otros se espatriaron buscando en otros países su fortuna.

Triste y angustiado volvió los ojos hácia su primero, su único amor, Ana, y tampoco tuvo el consuelo de encontrarla. Estaba casada, pero admiró los rasgos de su gran corazón y oyó bendecir su nombre á todos los vecinos del pueblo.

Ella, al verse rica y feliz, en vez de olvidarse de los suyos, les hizo participar de su dicha, hizo mil beneficios y repartió á manos llenas su riqueza.

Los amigos de su padre no le hicieron caso, como él no les había hecho tampoco en los tiempos de su prosperidad. Además estaba caído, y es achaque muy comun en nuestros días dar con el pié al árbol que está caído.

Sus noches y sus días se deslizaban en la soledad y la tristeza más amarga. Y á pesar de tan crueles desengaños aun tenía en su pecho la carcoma del egoismo. Sin conocer que esta maléfica pasion era la causa de su desgracia, lo achacaba á su mala suerte y á la perfidia de las gentes.

Como le había sucedido con su familia y con cuantas personas le conocieron, le aconteció con sus amigos y con sus correligionarios. Huyeron de él como de la mala yerba.

Desengañado de la política, de la amistad, y renegando de su suerte, tuvo que resignarse á vivir en su pueblo con bien escasos haberes, mientras que Ana nadaba en la opulencia, y era feliz, adorada de su esposo y de sus hijos y de todos los vecinos del pueblo, á los que sin distincion de clases hizo partícipes de su dicha y les colmó de beneficios.

Ana era millonaria y sin gran sacrificio fundó escuelas, asilos de caridad y hospitales en su villa natal.

¿Quién diría al orgulloso Salustio, al gran político, al eminente orador, que acabarían sus días en el rincón de una aldea olvidado de todos y en la más sombría desesperacion?... Sin una mano amiga que cerrase sus ojos!...

Frutos del egoismo!... Estéril fué su vida; si no hizo beneficios ¿qué derecho tenía á esperarlos?

Si no supo derramar en torno suyo amor y consuelo, cómo queria recogerlos?

El egoismo seca en el corazón del hombre todos los afectos tiernos: ¡desdichado del que siente su ponzoña y en vez de arrojarla de sí la deja arraigar hasta que le ahoga y le mata!

¡Planta maldita que corrompe los buenos sentimientos y es un cáncer tan perjudicial para el alma como la lepra para el cuerpo!...

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Marzo 11 de 1874.



300.

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

A LA MEMORIA

de mi muy amada hija

ISABEL ADELAIDA DE LA ENCARNACION,

Religiosa en el convento de este nombre, en la villa de Madrid, y que falleció á la edad de 45 años en la media noche del 6 del presente mes de Octubre de 1874, despues de una larga y dolorosa enfermedad.

Ya tu destino se cumplió, hija mia!
Ya para siempre abandonaste el suelo
Que arrodillada comprimir solias
Elevando al Señor fervientes ruegos.
Hija de la desgracia, la luz viste
En extraño país, triste destierro
A que forzados tus amados padres
Por un poder tiránico se vieron.
Toda tu vida consagrar quisiste
A prácticas piadosas, y lo has hecho
Con tal delirio y devoción cristiana
Que tu salud robusta resintieron.
Diez años largos resistir pudiste
Cruelles dolores en tu débil cuerpo,
Dando en el claustro, religiosa humilde,
De gran resignación, notable ejemplo.
Yo que he sufrido tantas amarguras,
Le pido treguas hoy al sentimiento,
Y á la razón acudo demandando
Para mi hondo pesar algun consuelo.
Y, pues, disfrutas de la dicha eterna
A que aspirabas con ardiente anhelo,
Y que el divino autor de cuanto existe
Otorgádote habrá en justo premio,
Pídele acceda su piedad infinita
Vaya también mi espíritu á su seno
Al extinguirse mis cansados días
Cuando su voluntad lo haya dispuesto.
Y allí reunido al de tu mártir madre,
Y á los demás que tus hermanos fueron,
Entre los coros de ángeles entonen
Alabanzas sin fin al Sér Supremo.

GERÓNIMO COUDER.

20 de Octubre 1874.

A UNA ROSA.

Rosa triste y desdichada
que entre maleza escondida,
se desliza así tu vida
solitaria y olvidada:
pronto mustia y deshojada
te inclinarás con dolor
en tu tallo, ¡pobre flor,
nacida para sufrir!
También yo así vi morir
á la Rosa de mi amor!

Cuán fugaz tu vida es!
Fugaz cual una ilusión
que da goce al corazón
y lo marchita despues!....
Apénas á Febo ves,
solitaria y triste flor,
exhalas tu dulce olor
que se pierde en el ambiente:
luego mueres tristemente
cual la Rosa de mi amor!

Tu existencia es ignorada,
que entre maleza escondida,
se desliza así tu vida
solitaria y olvidada:
por nadie será llorada
tu muerte, y tu dulce olor
nadie aspiró, ¡pobre flor,
nacida para sufrir!
También yo así vi morir
á la Rosa de mi amor!

CIRIACO CAMARGO.

SANTA TERESA DE JESUS.

Leyenda original de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(Continuación).

III.

Doña Esperanza era el nombre de la jóven viuda que fué á Avila para hacer desaparecer la afición de Teresa á las cosas religiosas, á las que tal apego mostraba.

Los estudios alejaron á Rodrigo de la casa paterna: sin madre y sin hermano, Teresa quedó sola al lado

de aquella jóven bella, alegre, adúlada y con pocas nociones acerca de las angustias verdades de la religión cristiana.

Una noche, despues de la cena que se habia hecho en familia, Teresa habia pedido permiso á su padre para retirarse á su habitación.

—Acaso te sientes enferma? le preguntó alarmado don Alfonso.

—No, padre mio, repuso la jóven: pero deseo ir mañana á confesarme.

—En ese caso haces muy bien, hija mia, observó el anciano: vé y que Dios te ilumine.

Teresa se recogió á su habitación, y así que se halló en ella oyó llamar á la puerta.

—Quién puede ser? exclamó la dueña, quién, despues de haber desabrochado el rico traje de la jóven, le preparaba su bata de dormir.

—Yo no se, dijo Teresa: de no ser Esperanza....

—La misma soy! exclamó la voz contenida de la jóven: abrid, abrid pronto, no nos oiga mi tío!

—Mi querida niña, dijo Guiomar en voz muy baja: yo creo que lo mejor será no abrir: nada bueno puede querer ese enemigo malo: vais á acercaros mañana á la sagrada mesa: no la recibais!

—Y qué he de hacer? exclamó Teresa.

—Yo la despediré si me dais permiso.

—Pero se enojará.

—Que se enoje!

—No sabemos lo que deseará.

—Nada bueno seguramente.

Y doña Guiomar entreabrió la puerta: introdujo por la abertura sus largas narices armadas de unos enormes espejuelos, y dijo con voz gangosa:

—Doña Teresa se ha acostado.

—Mentira! respondió Esperanza.

—Os digo....

—Os digo que mentís! desde aquí veo uno de los lindos pies de mi prima que asoma por debajo de su bata de dormir.

—Pero....

—Es así como servís á Dios, doña Guiomar? ¿Qué lograreis con vuestros rezos, si mentís de tal suerte?

—Señora!

—Vaya, vaya, dejadme entrar: he de hablar á mi prima.

Y esto diciendo la traviesa viudita dió un empujon á la puerta y entró á ver á su prima.

Encantador era el contraste que formaban las dos jóvenes.

Esperanza, alta, rubia, blanca como el nácar, con los ojos negri-azules, era el ideal de la belleza cándida, risueña, casi infantil: ardiente y arrebatada, no conocía más ley que la de su capricho, y este era de tal suerte loco, que en poco tiempo habia agotado, no solo toda su fortuna, sino la que su marido la habia dejado al pasar á una vida mejor.

Pobre ya, y además robada por la gente que la servía, se habia acogido ya al amparo de su tío D. Alfonso de Cepeda, cuya bondad era proverbial, y que le habia abierto su casa, con tanto más amor cuanto que era sobrina de su difunta esposa doña Beatriz, á la que habia amado con ciego cariño y á cuya memoria guardaba una tierna veneración.

Teresa era más baja y algo más gruesa que Esperanza: su tez trigueña se iluminaba en la frente y mejillas con un sonrosado delicioso: sus grandes ojos negros que en sus primeros años reían con el candor de la infancia, pensaban ahora con la profundidad de su talento y de su exquisita sensibilidad: tenia los cabellos negros y ondulados naturalmente: la boca sonadora y la risa impregnada de armonías y rica de cadencia.

Teresa se habia apasionado profundamente de Esperanza: las ventajas de su prima, lejos de darle celos la enamoraban: amaba su belleza, su gracia, su carácter alegre y tierno: y se fué apegando á ella como la jóven yedra al arbolillo cubierto de flores, de galas y de perfumes.

Pero al lado de Esperanza, frívola, amante de los galanteos, loca y bella, las ideas religiosas caían desmoronadas, como un viejo edificio ante los embates del huracán: Esperanza solo hablaba de fiestas, de placeres, de torneos, de convites: y aquellas ideas de martirio, aquella celdilla de paja y de piedras que se fabricó en el jardín, se habia borrado ya de la memoria de Teresa.

—Querida mia, dijo á esta al entrar Esperanza: quiero hablarte sola.... sola.... que se vaya tu dueña!

—Irme, gritó doña Guiomar: eso jamás.

—Ahora mismo! repuso Esperanza, poniéndole en la mano con disimulo algunas monedas: ya ve V. que no soy tan mala como le parezco.... deseo hablar á solas con mi prima.

—A ese modo de pedirlo.... dijo la taimada dueña, no sé qué responder: me voy.

—Vamos, vamos pronto! exclamó Esperanza: tengo un plan, Teresa; óyelo, y pongámoslo por obra.

—Un plan! repitió la jóven.

—Sí, un plan: mira: nos vamos á vestir de estudiantes.

—Qué dices! exclamó asustada la niña.

—Eres sorda?

—A vestirnos de estudiantes?

—Sí!

—Pero cómo! de donde hemos de sacar los trajes?

—Yo los tengo.

—Y á dónde vamos? con qué objeto nos hemos de disfrazar?

—Con el de irnos á divertir.

—A dónde?

—Escucha: algunos de los estudiantes que hay aquí en vacaciones, tienen dispuesta una cena.

—Y bien?

—Y bien? iremos á la cena.

—Estás loca! Dios mio! si lo supiera mi padre.

—Para qué lo ha de saber? nos vestiremos aquí en este cuarto; yo tengo llave de la puerta y nos iremos, sin hacer ruido, cuando estén todos durmiendo.

—Qué! tienes tu llave de la puerta de la calle?

—Sí, he sacado el hueco de la cerradura con cera caliente, y por este medio me he provisto de una llave que tengo preparada para esta ocasión.

—Y qué haremos entre los estudiantes?

—Toma: cenar con ellos: debajo de los hábitos nos pondremos nuestros vestidos de brocado, nuestros encajes, nuestras joyas: luego hay baile en casa del conde D.... nos quitamos los hábitos y nos vamos al baile....

—Magnífico! dijo Teresa, á la que tan incitante pintura hizo bullir la sangre en las venas: dar un chasco á los estudiantes!.... qué gran cosa! y luego ir al baile! qué gusto!

—Y allí verás á D. Félix, ese jóven que estudia en Salamanca y que está tan enamorado de tí: qué buen mozo, que gallardo; que galán es! á bien que D. Gonzalo no se queda detras.

—Dónde están los manteos? preguntó Teresa.

—En mi cuarto, repuso Esperanza: voy á buscarlos.

—Sí, vé! entre tanto prepararé yo las joyas y los encajes para las dos, y nos iremos al instante.

Esperanza salió, y poco tardó en volver con las ropas tálares de dos estudiantes, y con un vestido de brocado azul celeste.

Teresa sacó otro igual, y las dos primas se vistieron ayudándose la una á la otra.

—Oh! qué bella estás! exclamó Esperanza mirando á Teresa, cuando ámbas estuvieron ataviadas: qué profusión de magníficos rizos negros! que hermosa tez! qué ojos tan hechiceros!

—Pues no te has visto tú? exclamó Teresa llena de entusiasmo: tu cabellera parece una cascada de oro! tus ojos dos grandes záfiro que nadan en un globo de diamantes! tu talle es la mansion de las gracias! qué bien parecerás á D. Gonzalo.

—Cómo se acabará de enamorar de tí D. Félix!

—Qué rendidos hallaremos á los dos!

—Nos acompañarán á casa del conde y bailarán con nosotras.

—Pero qué dirán si vamos solas con ellos?

—Qué han de decir? no soy yo viuda, y por tanto de estado respetable?

—Tú de estado respetable?

—Sin duda: ea, pongámonos los hábitos: cubrámonos bien con los manteos y andando!

—Andando!

Las dos primas cubrieron su talle de ninfas con los ropajes, y sus lindas cabezas con los sombreros tricorrios, y salieron del cuarto de Teresa pasito á paso.

Bajaron la escalera y Esperanza sacó la llave de la puerta que ya hacia tres horas se hallaba cerrada á cal y canto.

—Ay, Dios! no sé por donde voy de miedo! exclamó Teresa, apénas puedo andar de lo que tiemblo! si mi padre nos viera!

Esperanza nada respondió: abrió la puerta con el mayor cuidado posible, y salió seguida de Teresa, que, en efecto, apénas podía respirar del terror que la dominaba.

—Ahora corramos, exclamó la viuda, apretando el paso.

Ambas llegaron en breve á la casa donde estaba dispuesta la fiesta: algunos rayos de luz se escapaban por los balcones, así como el murmullo que promovía la gran concurrencia.

Esperanza alzó el aldabon de la puerta para llamar: pero, ántes de que cayese, una mano vigorosa asió la suya.

Volvióse sobresaltada y quiso lanzar un grito que el espanto detuvo en sus labios.

El hombre que estaba detras de ella era su tío: el padre de Teresa.
—Por allí, dijo el anciano D. Alfonso en voz baja, pero severa; á casa! y mañana a saldrás de ella para que no sigas pervirtiendo á mi hija.
Esperanza tomó silenciosa la calle que se le señalaba.

Don Alfonso asió la mano de su hija, que iba temblando, y ámbos siguieron á la joven Esperanza, que deploraba su fatal ocurrencia y más aun la vigilancia de su tío, tan confiado y afable hasta entónces, y que á la sazón parecía revestido de tan terrible severidad.

Así que llegaron, D. Alfonso entró en su cuarto.
Su hija y su sobrina le siguieron á una señal suya.

No bien cerró la puerta, el anciano se acercó á su hija, y con ademán iracundo le arrancó el manto y el sombrero de estudiante, quedando la niña vestida de baile.

—Esperanza, dijo D. Alfonso: has pagado del modo más indigno la hospitalidad y el amparo que di á tu juventud y á tu abandono: has despertado en mi hija malas inclinaciones, animando y fomentando los instintos de vanidad y coquetería que empezaban á fermentar en su pecho: por tanto, como antes te he dicho, no puedes permanecer en esta casa, cuyo reposo turbas.

—Cómo! exclamó Esperanza, que temblaba ante la idea de la pobreza que la amenazaba: ¡me arrojaís de vuestra casa, señor!

—Preesio es que así sea: sin embargo eres de la familia de mi querida y malograda Beatriz y no te abandonaré jamás: te señalaré una pensión que no te faltará hasta que de nuevo te cases, que es lo que más te conviene: créeme, á tu edad juvenil, ninguna protección hay tan buena y tan respetable como la de un marido: ahora retírate á tu cuarto.

—Tío mío! insistió Esperanza arrojándose á los pies del anciano: por Dios os pido que os desenojeis y, sobre todo, que no hagais pagar á mi prima lo que solo es culpa mía! creed en su inocencia y en la enmienda que os prometo.

—Creo en una y en otra, respondió D. Alfonso; pero necesito experimentarlas: para hacerme ver que te enmiendas, vive en el retiro y la modestia: para conservar la inocencia de mi hija la guardaré en un convento.

—Dios mío! exclamó Esperanza: vais á sacar también á mi prima de vuestra casa?



8. Traje para niño

—Voy á llevarla á la de Dios.

—Tío y señor! dijo la joven deshaciéndose en lágrimas: os repito que Teresa no ha tenido la culpa de mi locura! ella no quería acompañarme! os lo aseguro.

—Mi querida niña, repuso D. Alfonso levantando paternalmente á su sobrina: esas lágrimas y el dolor que las producen me responden de la excelencia de tu corazón: solo tu cabeza está enferma: procura, pues, sanarla por medio de la reflexión; en cuanto á Teresa, mi resolución es irrevocable. Retírate y déjame solo con mi hija; lo quiero: te lo mando.

Esperanza se retiró llorosa y afligida.

No te cansaré con prolijas reconveniones, dijo entónces don Alfonso volviéndose á Teresa: únicamente te diré algunas palabras: tu corazón empieza á perder su inocencia: has cambiado tus inclinaciones religiosas por otras mundanas y reprehensibles: ve á tu cuarto y prepárate á partir al alba para el convento de San Agustín: allí estarás hasta que encuentre un marido que te convenga, y al que pueda confiar la dicha de tu porvenir.

(Se continuará.)

HISTORIA NATURAL.

LOS INSECTOS.

La Entomología, ó sea la ciencia que tiene por principal objeto el estudio de los insectos, es muy instructiva. De todos los ramos de la historia natural es quizás la que más variedad y placeres proporciona al observador de buen juicio, puesto que el número de aquellos es incalculable, y sus hábitos y sus costumbres, diferentes entre sí, tienen siempre un interés especial, y presentan hechos sorprendentes y á veces maravillosos, por los cuales se comprende la omnipotencia del Creador y la sabiduría de su Providencia.

Los insectos, hablando en términos generales, son animales articulados y se dividen, como los *entomozorios* (1), en diferentes clases, todas ellas á cual más curiosas é interesantes ante los ojos del sabio naturalista.

Las colecciones entomológicas, dice Mr. Latreille, aun tan desconocidas como imperfectas, contienen, poco más ó menos, unas cien mil especies, de las estudiadas hasta el día, creyéndose que pasan de cuatrocientas mil las que están por estudiar.

(1) Especie de gusano dividido en crustáceos, anélidos y helmintos que forman 10 clases, á saber: hexápodos ó insectos, octópodos ó arácnidos, decápodos, heterópodos, tetrápodos, mirápodos, quetópodos, malentómicos, malacópodos y apodos.

Puede también hacerse otro cálculo más curioso y exacto.

Cada planta nutre, por lo menos, tres especies distintas de insectos, y por consecuencia, el número de estas no debe de ser ménos de 380.000, atendiendo al número de plantas actualmente conocidas.

Considerando la inmensa fecundidad de los insectos, fácilmente se reconoce que la más pequeña legión de estos animales multiplica anualmente millones



5. Gola con botones de cuello.



6 y 7. Chaqueta para niña.



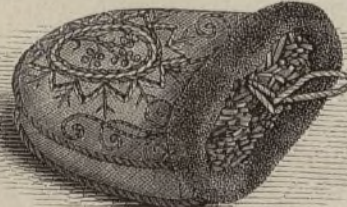
10. Traje de verano para niña.



41. Acerico.



43. Cigarrero de madera.



42. Limpia-plumas.

de millones de séres. Y reflexionando, por otro lado, que todos los séres nutren otros en su superficie ó dentro de sus tejidos y aun de su fluido, cada insecto es un pequeño mundo habitado por otros insectos.

En las masas minerales ó inorgánicas, compuestas casi enteramente de restos fósiles, hay animales tan pequeños, que se calcula, y con razón, que sería necesario 43 millones de ellos para formar el menor grano de



9. Traje para niña.

arena. Una sola especie constituye una parte de los Apenninos, la que concurre en gran manera á formar el dorso enorme de América, á que se da el nombre de Cordilleras. Hay insectos rarísimos. En la China los conocidos por el nombre de *la-tchong*, ó insectos de cera, son los más notables y originales. Los chinos crían estos insectos sobre tres especies de árboles, dos de las cuales son bien conocidas en Europa: el *nitching*, *rhus succedaneum*, de Brogiart, ó el *tong téng*, *rhus succedaneum*, de Thunberg, y el *gonkin* ó *kin* de los lugares húmedos, que es tal vez de la misma familia que el *monkin* arborecente, *hibiscus-syriacus*.

La cera que se obtiene de estos árboles y de los insectos que sobre ellos viven, es blanca y en nada se parece á la cera de las abejas.

Los *la-tchongs* se nutren del jugo de los árboles; después se convierten en una especie de gorda blanca que se aglutina á las ramas de los árboles, de donde se extraen en el otoño, raspándose, cociéndola en agua natural y pasándola por un filtro que vacía sobre agua fría, donde se coagula y forma una sustancia sólida que sirve para hacer velas más superiores que las de cera de abejas.

Existe también en Sumatrá, India inglesa una rarísima hormiga alada, que produce una especie de cera cienicienta, de que aparecieron ejemplares diversos en la Exposición Universal de 1855, verificada en París. Estos insectos, llamados *hormigas cerasas*, son de los más raros que cria la naturaleza, y como los *la-tchongs*, sirven á la industria poderosamente para que produzca á la economía doméstica un artículo tan indispensable como el alumbre, en competencia con los aceites, con los gases, con las grasas y con las sustancias diversas que hoy constituyen la nueva especie llamada *esperma*, que tan en voga está en todas partes.

Podemos dar, como reglas generales para señalar y conocer los insectos, los siguientes datos:

Tienen seis patas, la mayor parte de ellos, habiendo algunos que cuentan hasta cuarenta y ocho.

Tienen la cabeza no confundida con el cuerpo.

Los séres de este grupo, sobre el cual tantos tomos han escrito los naturalistas, son admirables.

Sufren casi todos metamorfosis.

Su primer estado es el del huevo.

Cuando el huevo se desarrolla, pasa al estado de larva ó oruga, y, por último se convierte en crisálida ó mariposa, las que después de haber efec-

tuado la fecundación y postura de los huevos, mueren. La mayor parte de los insectos son dañinos al decir de todos, y la verdad es que desde la cigarra hasta la hormiga, casi todos parecen nacer expresamente para destruir la producción del hombre ó lo que la tierra cria para bien suyo. En la exposición de insectos abierta en el verano último en el invernadero de naranjos de las Tullerías, se pudo estudiar y conocer muy bien á todos los insectos más importantes, hasta los llamados invisibles. En dicha exposición había multitud de ejemplares preciosos del insecto que devasta las raíces de los viñedos, el *phylloxera vastatrix*.

Quince de esos insectos, encerrados en un tubo de vidrio, son apenas perceptibles á la simple vista, y para dar idea de lo diminuto de este insecto, basta decir que un centenar de ellos haría apenas el tamaño de una cabeza de alfiler ordinario. Al lado del tubo había un microscopio que aumentaba veinticinco veces el tamaño, con cuyo auxilio se veían perfectamente las mandíbulas en forma de sierra, con las que el insecto ataca y roe las raíces y aun las hojas de las cepas.

La Asamblea francesa ha votado un premio de 300.000 francos para el que halle el medio de librar los viñedos de semejante enemigo, pero hasta ahora nadie se ha creído con derecho á reclamar el premio, aunque se hacen numerosos experimentos.

Pero no es solo al *phylloxera vastatrix* al que se estudia como el más dañino. Los hay que destruyen los granos, que pican la hortaliza, y que, penetrando en las folículas, se comen cuantos frutos delicados cria la tierra.

Los hay también que roen las ropas y los libros. Muchos son los que convierten en polvo los muebles más preciosos y las maderas más indispensables á la casa que habitamos.

La pulga, la chinche y el piojo son parásitos en el hombre.

La mosca y el mosquito comen también de nuestra sangre, y en los cuadrúpedos, en las aves, como en todos los animales, viven también parásitos infinidad de insectos.

Sin embargo, quiere decir esto que los insectos no sean útiles al hombre? La pulga, el piojo y la chinche nos amenazan constantemente cuando no vivimos con el aseo que manda la buena higiene.



4. Sombrero de terciopelo y pluma.



44. Vestido con tónica y falda lisa.

45. Vestido bullonado



46 y 47. Vestido para paseo.

La mosca hace que se vigilen nuestras habitaciones y se tengan limpias de toda inmundicia.

Y si fuésemos á examinar detenidamente la significacion de cada insecto y sus condiciones de vida, veriamos que todos, en su mayoría, son útiles, unos más que otros, á los fines del hombre.

Sin detenernos á fijar las diferentes clases de insectos que habitan en la esfera terráquea, solo nos ocuparemos aquí, y de una manera muy ligera, de las aplicaciones que de ellos se hacen en nuestro país para las artes, la industria, etc.

La mosca de España, llamada cantárida, se emplea en medicina como vegigatorio.

La mosca de olor se busca por el del almizcle que despiden.

La mariquita es útil á la agricultura porque destruye los pulgones, enemigos de las plantas.

La cochinilla que proporciona al comercio la grana, de tanto uso en la tintorería, se cria en el nogal en las hojas de las higueras chumbas.

Los cínifos producen la agalla para la composicion de la tinta y los colores negros.

Y qué diremos de la abeja?

¿Dónde se ostenta mejor la sabiduría de la creacion, que en la contemplacion de este insecto, que, á pesar de su delicada organizacion, fabrica con rara inteligencia y simetria admirable los panales que llena de cera y de sabrosa miel?

Aún no es bien conocido el uso de la cera y de la miel.

Ambos constituyen dos ramos muy importantes del comercio, y en Europa, donde no se cria aún el *la-tchong* ni la *hormiga-cerosa*, únicas especies, que como la abeja, producen cera, este insecto tiene doble importancia para la agricultura y la industria nacional.

El gusano de seda proporciona con sus capullos aquella sustancia, de inmensa aplicacion á la industria, la que se entrega al comercio convertida en madejas y ricas telas de diversos colores.

Los chinos fueron los primeros que la aplicaron á la industria, convirtiendo los tejidos en atavío de las mujeres primero y en los ropajes de los hombres despues.

En Francia ya hacian gran uso de la seda para vestir en principios del siglo XIV.

Desde mediados del siglo XVII la seda es la tela más estimada para los vestidos de lujo en los pueblos civilizados, y gracias á que los insectos abundan y se crían con facilidad en todas partes, para que la seda no haya tomado un precio fabuloso.

Se dice por todos, que despues de la abeja el insecto más útil que hay es el gusano de seda, y esto es una gran verdad que no necesita demostrarse; pero basta de insectos para un artículo de cortas dimensiones, y reasumiremos diciendo que no obstante de que la mayor parte de los insectos son dañinos á los cereales á ellos debemos mucho.

Evitan la propagacion de miasmas pútridos procedentes de animales muertos en descomposicion, que si no los devoraban los insectos se infestaria la atmósfera y causaria su influencia grandes males á la salud.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuacion).

No crea V. que sale siempre, sale á temporadas, cuando hay alguno en el pueblo á quien tiene que advertir con su presencia de que no incurra en el mismo pecado que ella está purgando. Y alguno debe de haber ahora, porque hace á lo menos seis años, que sale todas las noches así que se pone el sol, y por esto los que pasamos cerca del sitio en donde pena, hacemos la señal de la cruz y rezamos un padre nuestro, para que Dios la perdone y la lleve á su santa gloria.... Mírela V., mírela V!... ¿Ve V. aquella cosa blanca que flota en el aire y parece azogada? pues ella es!... Si viera V. cuando uno se acerca que de gemidos exhala? Escuche V!... escuche V. con atencion, ¿no oye V. qué ayes tan lastimeros resuenan hácia aquel lado?

Marta veia en efecto la fantasma blanca balancearse en los aires, y oia un concierto de lúgubros lamentos....

—¿Pero nadie se ha propuesto profundizar este misterio? preguntó con interés.

—Del pueblo no, pero aquí vino no há mucho á servir á D. Julian una tal Doña Tiburcia, mujer que todo quiere tocarlo y saberlo, más entrometida y habladora que un barbero, y esta se burló mucho de nuestra simplicidad y se jactó de averiguar lo que hubiese de cierto en el asunto, y una noche se fué muy decidida á ver de qué estaba

hecha la fantasma, y volvió toda espeluznada y trémula, asegurando que no tenia cuerpo, pues la habia tentado sin abarcar nada entre las manos; pero que sí tenia voz y pronunciaba palabras muy extrañas que helaban el corazon dentro del pecho.

Pues bien: vele ahí V. en lo que suelen quedar la soberbia y la jactancia!

La sencilla creencia del tartanero, unida con lo sombrío é imponente del paisaje, hicieron honda impresion en el ánimo de Marta, la cual se echó casi fuera de la tartana para ver y oir mejor; pero entonces observó que el sitio en que se ajitaba el fantasma distaba muy poco de la casa que habia sido de Rosalía.

Reconcentró toda su atencion en el paisaje, y á pesar de la oscuridad que ya empezaba á envolver todos los objetos con su fúnebre manto, reconoció el jardin, la huerta, el puente verde, el bosquecillo, la hermita ruinosa, y por fin la vivienda del pobre leñador, en donde habia estado con D. Eusebio la noche de su encuentro con Susana.

Herida por una súbita idea, preguntó al tartanero:

—¿Quién vive en esa covacha que más bien parece leñera que habitacion humana?

—Alto ahí, replicó el viejo, haciéndose otra vez apresuradamente la señal de la cruz, no diga V. tales cosas en despoblado! Quien vive en esa choza es una bruja, que debe de tener pacto con el diablo, y darle hospitalidad cuando anda suelto por el mundo. Todo lo que respetamos y amamos á la pobre alma en pena, aborrecemos á la bruja, que es mujer que nunca deja la navaja, y es capaz de sacarle los ojos al más tieso.

—Yo tengo entendido que esa choza se la cedió don Eusebio de limosna.

—Sí; eso era en tiempo en que vivia aun el bendito de su marido; pero desde que éste se murió, ella se entregó en cuerpo y alma á la brujería, que no puede ser otra cosa, segun gasta y triunfa, apesar de no tener sobre qué caerse muerta.

Es decir, ahora sí, porque cuando el alcalde compró las haciendas de Rosalía, la cedió á ella un cacho de terreno, que, como V. ve está á espaldas de la casucha, y allí ha sembrado algunas hortalizas, que va á vender al pueblo. ¡Pues vele ahí V.; ántes las llevaba á cuestras; pero ahora las lleva en un borriquito! Y dígame V., ¿de dónde saca el dinero para esto, si no ha hecho pacto con el diablo?

Así que en el pueblo todos la hacen la cruz, y si entra en la iglesia, que no se como entra, todos se separan de ella. Y á fé que tiene una buena cara la tia Rufina! Más aviesa y más mala! Siempre mira de reojo!

—Pues yo le oí decir á D. Eusebio, replicó Marta con tono indiferente, que vivia con ella otra persona; una jóven, y con lo que ésta le dé bien puede....

—Así corrió la voz en un principio; pero nadie la ha visto jamás, y en cuanto á la tia Rufina asegura que son habladurías de malas voluntades, y que arrancará la lengua al que tal diga....

Hablando así, la tartana iba entrando por las calles del pueblo, desiertas y silenciosas á causa de la lluvia que empezaba á caer en anchas gotas.

—Supuesto que no conoce V. aquí á nadie, repuso el viejo, voy á llevarla á V. á la posada del Gallo amarillo, que es una gran posada, y en donde estará V. á qué quierres boca.

En efecto, algunos momentos despues, Marta estaba instalada en un cuarto bajo que daba á la calle, escogido por ella misma, porque así convenia á sus fines, y en el cual habia una cama blanca y bien mullida que convidaba á descansar despues de un fatigoso viaje.

Pero la valerosa jóven no pensaba en esto, pensaba en arrancar una víctima á sus verdugos, é ínterin no consiguiese su intento, la era imposible entregarse á un benéfico reposo.

Sin embargo, la lluvia caía á torrentes, el huracan silbaba de un modo lúgubre, y parecia que hasta los elementos se conjurasen para que no llevara á cabo su empresa. Hubiera querido aprovechar aquella misma noche. Temia perderlo todo si perdía un solo instante.

En breve, otra tartana paró con estrépito delante de la posada, y Marta oyó clara y distintamente la voz de Gaspar, que pedia cuarto y cena.

—Pero á qué vendrá ese hombre? se preguntó de nuevo á sí misma. Á qué vendrá? ¡Oh, si la lluvia le detuviese aquí esta noche! si yo pudiese adelantarme á él!...

Escuchó con ansiedad.

Al principio todo eran idas y venidas en la posada, luego se restableció la calma, y por fin quedó en el silencio más completo.

Era evidente que amos y pasajeros dormian...

Tambien por fuera habia sucedido el silencio al anterior estruendo. La lluvia habia cesado, y aunque todavia algunas ráfagas de viento andaban haciendo de las suyas, era solo á intervalos muy largos.

Marta abrió quedito la ventana, consultó el cielo, vió que asomaba la luna, y tomó una resolucion definitiva. Entonces cerró con llave la puerta, apagó el candil, y se descolgó por la ventana, que era muy bajita, no sin que el corazon la palpitase con una violencia indecible.

Deslizóse silenciosamente á lo largo de las paredes, marchando en direccion á la casa de Rosalía, llegó á ella, siguió por fuera la tapia del jardin y de la huerta, pasó el puente verde, y por último vió delante de sí alzarse las ruinosas paredes de la ermita.

Pero tambien vió á la fantasma blanca que daba vueltas en el aire, tambien oyó el concierto de dolorosos lamentos, que resonaban en medio del silencio de la noche repetidos por todos los ecos de los montes.

Tuvo miedo: quedó inmóvil, con los ojos fijos, con los cabellos erizados. Quiso huir y no pudo.

Sus piés estaban como clavados en el suelo: el pavor paralizaba sus miembros y oscurecia su razon. Parecía estar bajo el dominio de una espantosa pesadilla. Cerró los ojos para no ver, se tapó los oídos para no oír. Despues se golpeó la frente para despertar.

Entonces el egoismo habló á su alma.

—¿A dónde vas? le dijo. Qué te importa todo esto? ¡Es parienta tuya, es amiga tuya esa Susana! Vuelve á la posada, en donde tienes blando lecho y en donde estarás al abrigo del viento y de la lluvia.

Y Marta, dando oídos al egoismo, echó á correr hácia la Aldea.

Pero el ángel de su guarda la detuvo.

—Haz bien y no mires á quien, le dijo. La Providencia te ha elegido para salvar á una víctima del infortunio, muere ántes que retroceder en tu noble empresa.

Y Marta quedó otra vez inmóvil.

Y entre tanto el fantasma seguia balanceándose en los aires y llenando la floresta con sus melancólicos quejidos.

A pocos pasos de allí estaba la cruz de piedra á la cual se habia abrazado Susana.

Marta se dirigió á ella con paso trémulo y vacilante, se prosternó y elevó al Redentor una plegaria fervorosa.

Sintióse entonces reanimada y tomó una resolucion atrevida.

Marchó en direccion al fantasma: al principio fué corriendo, despues alzó el paso, y por último cerró los ojos y se tambaleó como si estuviese ebria.

Sin embargo continuó su camino.

Solo la sostenia en pié y la empujaba hácia adelante su voluntad invencible.

Y á medida que se acercaba crecian los lamentos, que en nada se parecían á los gemidos de una voz humana....

Llegó al sitio en donde ella creia que se balanceaba el fantasma, tendió los brazos y abarcó entre sus manos una tela burda.

—Será el sudario! pensó estremeciéndose. Abrió los ojos, miró....

¡Lo que flotaba á merced del viento era una sábana sujeta á dos troncos de árboles vecinos!...

Escuchó!...

¡Lo que parecían lamentos eran las aguas que murmuraban en el fondo de la cueva!...

Marta respiró: dió gracias al cielo por haber sostenido su valor.

Recobrada la serenidad de espíritu, dió vueltas en torno de la sábana, se asomó á la boca de la cueva, y oyó que de su fondo partian efectivamente los rumores misteriosos. Aquellas eran sin duda las aguas subterráneas de que la habia hablado Rosalía, y que ésta hubiera querido utilizar para regar su hacienda.

—¿Quién ha puesto aquí este espantajo? se preguntó á sí misma; ¿quién ha tenido interés en fomentar la supersticion del vulgo?

La respuesta era fácil y natural. Solo Rufina podia desear que nadie se acercase á su cabaña.

Marta retrocedió, y fué á sentarse en el pedestal de la cruz, combinando en su mente los medios de penetrar en la choza misteriosa.

De intento se habia ataviado con un traje humilde: vestido de percal y pañuelo de seda en la cabeza. Tambien habia llevado consigo la carta hallada en la caja de los fósforos y un bolsillo de dinero.

Aguardó.

No tardó mucho tiempo en clarear el alba....

Los pájaros salieron tímidamente de sus nidos, y aún asustados con la anterior tormenta, cantaron en voz baja su himno de la mañana... Las hojas de los árboles, mojadas todavia, se enderezaron ansiosas de buscar un rayo de sol que las reanimase... Inflamóse el oriente y apareció la aurora, y tras la aurora el sol, entre nubes de púrpura, y con el sol empezaron á descender de las laderas los rebaños, y empezaron á aparecer aquí y allá los labradores, conduciendo el corvo arado, y la naturaleza lúgubre y silenciosa ántes, prorumpió en un himno de alegría.

Abrióse l
Era efect
greñada, st
Sacó de r
ta un borri
zas, cogidas
Marta se
Aquella m
gunos mom
ba casi seg
Sin emb
la miró de
Pero Mar
—Buenos
te de Gaspa
Rufina en
tan fácilme
—Qué G
—Toma,
una fábrica
ca; soy guar
pedí de Gas
cinco legua
madre enfer
par, me dij
ver á mi ti
que la debo
Trescient
y así abrió
codicia.
—Al fin
su mano se
—Poco á
qué se trata
gue V., sin
nista, porq
las suyas.
Rufina se
de desconfi
—Qué pe
—No, re
añadido: si
señela V. e
tiene la cu
Sacó la c
no pudo me
cida.
Pero ya
para caer e
—No sé
hombros.
Marta ha
mallas brill
cada una.
Al oír la
y se dispus
—Bien, c
como así ter
caballería,
al instante.
Rufina el
siempre son
cible. Era
zás la idea
nacion.
Marta tu
sientos, y ec
—A dónde
momento, í
Marta se
—¿Dios m
fé sin límite
Retrocedi
el corazon.
Entró en
que habia
acaso igual
Rufina pr
rigiéndola d
imprevista;
iba en ello
Su presen
con las pun
de Rufina,
quitó un ha
quete, y la
—Supues
usted.
Rufina re
—Y por q
riendo un h
Pero tenia

Abrióse la choza y apareció Rufina. Era efectivamente la mujer á quien ella conocia; desgreñada, súcia, haraposa...

Sacó de un cobertizo que habia al extremo de la huerta un borriquillo y le cargó con dos banastas de hortalizas, cogidas sin duda la noche antes.

Marta se dirigió resueltamente á ella.

Aquella mujer no la habia visto más que durante algunos momentos, vestida de muy distinto modo, y estaba casi segura de no ser reconocida.

Sin embargo, Rufina hizo un ademán de asombro, y la miró de arriba á abajo con singular insistencia.

Pero Marta no se desconcertó!

—Buenos días, dijo con perfecta calma, vengo de parte de Gaspar, y la traigo un poco de dinero.

Rufina era demasiado astuta para dejarse sorprender tan fácilmente.

—Qué Gaspar? preguntó con sorna.

—Toma, su sobrino, el de Madrid, el que trabaja en una fábrica de curtidos. Yo también trabajo en la fábrica; soy guarnicionera. Antes de anoche cuando me despedí de Gaspar... Porque yo soy de Aguilar, que está á cinco leguas de aquí, y voy al pueblo porque tengo á mi madre enferma. Pues bien: cuando me despedí de Gaspar, me dijo: si hace V. noche en la Aldea, vaya V. á ver á mi tía Rufina y entréguela V. trescientos reales que la debo...

Trescientos reales eran para la vieja avara un capital, y así abrió desmesuradamente los ojos, que brillaron de codicia.

—Al fin hace lo que debe! dijo, tendiendo con avidez su mano seca y amarillenta.

—Poco á poco, repuso Marta sonriendo, yo no sé de qué se trata; pero Gaspar me ha dicho: no se los entregue V., sin embargo, sin haber visto ántes á la pensionista, porque temo que mi tía me haya jugado una de las suyas.

Rufina se puso lívida. Arrojó sobre Marta una mirada de desconfianza, y dijo con brusco tono.

—Qué pensionista? Eso será una chanza.

—No, replicó Marta con viveza, porque Gaspar ha añadido: si mi tía desconfía de V., como es probable, enséñela V. esta carta que es suya, y dígame V. que ella tiene la culpa si recelo...

Sacó la carta del pecho y se la tendió á la vieja, quien no pudo ménos de reconocer su letra descomunal y torcida.

Pero ya hemos dicho que era demasiado precavida para caer en un lazo por bien que estuviese urdido.

—No sé de que me habla V., dijo encogiéndose de hombros.

Marta habia ya abierto el bolsillo, al través de cuyas mallas brillaban las tres monedas de oro de cinco duros cada una.

Al oír la respuesta de la vieja lo cerró tranquilamente y se dispuso á alejarse.

—Bien, dijo, yo ya he cumplido mi encargo.... Así como así tengo mucha prisa, porque voy á mi pueblo en caballería, y el arriero que he apalabrado quiere marchar al instante.

Rufina clavó en ella una mirada de hiena, y su rostro, siempre sombrío, tomó una expresion de ferocidad indecible. Era evidente que algun siniestro pensamiento, quizás la idea de un crimen habia crazado por su imaginación.

Marta tuvo miedo: tendió la vista por los campos desiertos, y echó á correr en direccion á la Aldea.

—A dónde va V.? gritó la vieja. Entre V. y siéntese un momento, interin concluyo de aparejar la borriquilla.

Marta se detuvo indecisa en medio del sendero.

—¡Dios me lo ha ordenado, murmuró por fin con una fé sin límites, sea lo que Dios quiera!

Retrocedió con la sonrisa en los labios y la muerte en el corazon.

Entró en la choza y se sentó en el mismo taburete en que habia estado sentada seis años ántes, y corriendo acaso igual peligro.

Rufina prosiguió su tarea, mirándola de soslayo y dirigiéndola de vez en cuando alguna pregunta insidiosa é imprevista; pero Marta estaba muy sobre sí, como que le iba en ello la vida.

Su presencia de ánimo, la tranquilidad con que jugaba con las puntas de su pañuelo, triunfaron de la suspicacia de Rufina, quien se dirigió á un extremo de la estancia, quitó un haz de leña, dejando descubierto un ancho boquete, y la dijo:

—Supuesto que V. lo quiere, y si tiene V. valor, baje usted.

Rufina reía de un modo extraño al decir esto.

—Y por qué no he de tener valor? preguntó Marta, haciendo un heroico esfuerzo para sonreír á su vez.

Pero tenia un miedo horrible. Castañeteaban sus dien-

tes, y un temblor convulsivo agitaba todos sus miembros.

Bajó algunos escalones, atravesó un largo corredor oscuro. Sentía detrás de sí las lentas pisadas de Rufina, percibía su aliento. A cada paso creía que la hoja fria de un puñal iba á clavarse en medio de su pecho.

Los segundos que duró su escursión subterránea, fueron para ella siglos de agonía, y cuando empezó á divisar un rayo de luz le pareció renacer á nueva vida.

(Se continuará).

LOS TEATROS.

Pocas temporadas, y desde hace largo tiempo, hemos visto tal animación en los círculos dramáticos, y cada teatro, con una emulación digna de elogio, hace laudables esfuerzos por dar impulso á la literatura.

En el teatro Real se ha cantado magistralmente la *Africana*, *Polinto* y la *Favorita*: se prepara el *Trovador*, en el que debe presentarse la Penco, artista á quien con justicia aplaudimos en París hace algunos años, y que volveremos á ver en Madrid, con verdadero placer.

Así, pues, el teatro de la Ópera está de enhorabuena, y el público aún más, porque pasa las horas escuchando deliciosas armonías interpretadas con buen gusto, arte y entusiasmo.

En el Circo de la plaza del Rey hemos visto á continuación de *La vida es sueño*, *Bienaventurados los que lloran*, *El héroe por fuerza* y *Sancho García*, el precioso drama de Zorrilla, en el cual Calvo alcanzó frecuentes y justísimos aplausos.

En la noche del martes 27 se puso en escena la lindísima comedia *Amar á ciegos*, cuyo argumento es tan original como ingenioso y de efecto.

La ejecución acabadísima, pues difícilmente se puede ver un cuadro en que todos estén á la misma altura: Elisa Boldun, Carmen Genovés y los actores que tomaron parte recibieron señaladas muestras del agrado del público.

Jovellanos, como siempre, concurrido, tanto en el *Juramento* como en *Pan y toros*, particularmente en esta zarzuela; el coliseo estaba completamente lleno: en sus palcos descollaban bellísimas y elegantes damas, y tanto las actrices, cuanto los actores, alcanzaron justos aplausos.

Apolo es verdaderamente el templo del lujo y de las artes; la excelente compañía que en él actúa adquiere cada día mayor éxito, y en *Las hijas de Eva*, la señorita Soldado y el señor Landa, obtuvieron una gran ovación. La señora Ramirez, probablemente se presentará en una zarzuela de las que algun día la proporcionaron uno de sus triunfos, pues es deseo maifestado por los abonados: creemos será *Marina*.

A *Cid Rodrigo de Vivar* ha sustituido *Roque Guinár* en el teatro Español, y esta última producción no ha obtenido la aprobación pública, á pesar de lo interesante del asunto, de sus preciosos versos y de las situaciones dramáticas en que abunda.

El primero y segundo acto son bellísimos, y en el tercero, decae el interés, debido sin duda alguna á que es tal el laberinto para el desenlace, y este encerrado en tan estrechos límites, que da por resultado una verdadera confusión.

La jóven actriz señorita Mendoza Tenorio estuvo muy bien, así como los actores que la secundaron.

El teatro de Novedades abrirá sus puertas próximamente con una excelente compañía: el precio de las localidades es en extremo módico y esto asegurará su éxito.

El día 30 inaugura sus funciones el teatro de la plaza de la Paja, que lleva por título *Teatro de España*, con la comedia en tres actos *Los dulces de la boda* y la pieza *Marineros en tierra*, terminando con un baile.

Variedades, Romea y Eslava darán el popular drama *Don Juan Tenorio*, para el día de todos los Santos, y también en el Circo y en el Español se pondrá en escena.

En la noche del 26 se verificó en el teatro de la Alhambra la función en obsequio de los representantes de las potencias amigas, poniéndose en escena *Gusman el Bueno*, en la cual se distinguió el primer actor Sr. Yañez y la primera actriz señora Menéndez.

En *La Capilla de Lanuza* obtuvo el Sr. Nieva un gran éxito así como con su poesía *A la libertad*.

También el Sr. Morquecho, no pudiendo asistir, envió un canto patriótico, leído en el palco escénico entre aplausos y bravos.

Anúnciase un beneficio en el mismo coliseo, y próximamente otro, que se dice será muy notable.

Como se ve la animación es grande y no faltan sitios en donde pasar agradablemente la noche, sin olvidar el teatro Martín, que con *El Arcediano de San Gil* y el *Poeta de guardilla*, ámbas del laborioso escritor Sr. Marquina, alcanza muy buenas entradas.

BARONESA DE WILSON.

Ayuntamiento de Madrid

EXPLICACION DE LA MAGNIFICA LÁMINA DE CONFECCIONES

que se da de regalo á las señoras suscriptoras de año y medio año, y que se repartió con el número del 2 de Noviembre.

FIG. 1.^a—*Traje de calle*.—Vestido de satén de lana violeta y lila. La falda es lila, y adorna el paño de delante en el bajo un volante violeta plegado á la rusa, encima dos bullones lila, terminados con un volante fruncido lila, y luego fleco de ámbos tonos que dibuja delantal. La túnica-manto es de lana á rayas violeta sobre lila, y termina con un ancho biés violeta. Una echarpe ancha sirve de cinturón, cubre la union de los adornos del paño de delante con un lazo en el costado y baja en caída terminada por un fleco. El cuerpo abre por delante sobre un chaleco bullonado transversalmente.

Este chaleco, así como las mangas bullonadas á lo largo, son lila. El volante que termina por detrás el cuerpo de punta y la vuelta puritana de las mangas, son violeta con forro lila. Mantilla de encaje.

FIG. 2.^a—*Traje para niña de diez á catorce años*.—Vestido de seda azul oscuro con falda plegada á tablas.—Pardessus-túnica de terciopelo azul claro, guarnecido de petit-gris y recogido con una echarpe azul oscuro. Por delante cierra torcido y figurando que es por medio de lazos azul oscuro. Sombrero de astrakan forma *Maga* adornado con ala de plumas azules y lazo de terciopelo azul.

FIG. 3.^a—*Traje para señora*.—Vestido de seda, cuyo guarnecido en el bajo se compone de un volante, un plegado y un biés, subiendo hácia arriba en el costado derecho. Varias lazadas de cinta, terminadas por una caída, unen el adorno de delante y el de atrás y cierran el delantal figurado. *Confeccion* de paño negro bordada con soutache, que va formando entredoses y guarnecida con plumas de gallo. Sombrero de terciopelo de copa bullonada, adornado con cintas de terciopelo, pluma de color claro y una rosa en el costado derecho.

FIG. 4.^a—*Confeccion Marta* de paño agamuzado (alta fantasía). Una gruesa trenza de seda color de gamuza oscura forma las diagonales. La espalda es ligeramente entallada y lleva en el hombro un rico adorno de pasamanería. El forro que vuelve en solapas es color gamuza oscuro, así como el cuello y los lazos de las mangas. El guarnecido consiste en pluma de avestruz rizada. Esta elegante confeccion sirve de complemento á un vestido de satén de lana, plegada la primera falda y terminada con un volanton fruncido, y túnica adornada únicamente con un biés. Sombrero Carlos IX con pluma blanca, aigrete y un pájaro de la Australia.

FIG. 5.^a—Vestido de seda rayada con bieses y volantes de seda lisa, y confeccion de terciopelo negro (la manga sale de la espalda y un poco más abajo del codo; su corte es cuadrado). Un lazo de faya oculta la union de las dos piezas. El delantero forma manteleta de puntas cuadradas. El adorno consiste en trencillitas de seda negra, que van dibujando una doble cenefa, entre la cual se colocan algunas lazaditas de trencilla fantasía, figurando así un guarnecido de astrakan muy fino. Este adorno, tan original como distinguido, termina con rico fleco. Un cuello de seda negra plegado á tablas y cerrado por un lazo rodea el escote.

Sombrero de terciopelo negro, con ala ligeramente levantada sobre el plegado blanco y adornado con flores, cintas y plumas verdes.

FIG. 6.^a—*Traje para paseo*.—Vestido de paño de damas, negro, con volante plegado á tablas en el bajo y encima un doble rizado. *Confeccion* de cachemir blanco, con mangas perdidas y abiertas desde arriba. La realza una cenefita bordada todo alrededor. Sombrero de terciopelo guarnecido únicamente de cintas.

FIG. 7.^a—*Traje para visitas*.—Vestido de seda gris de dos tonos, el tono oscuro para la túnica-manto y los adornos. *Confeccion Gertrudis*, de paño negro con mangas *Dolman* que salen de la misma espalda. El delantero es sesgado, ligeramente redondeado y cierra con botones y presillas de pasamanería.

Un biés de faya de 10 cents. de ancho, terminado por arriba con tres órdenes de soutache y por abajo con rico fleco cruzado, le adorna todo alrededor. Un golpe de pasamanería perlada termina por atrás el cuello, figurado por medio del soutache, y otros dos más pequeños fijan la union de las mangas á la cintura.

Esta confeccion se ajusta al talle con cintas puestas por dentro. Sombrero de fieltro gris claro, ribeteado de terciopelo negro, flores y cintas de raso gris claro y pluma gris oscuro.

Todas estas confecciones son de suma novedad, y creemos que serán las que obtengan este invierno un éxito más completo. Amantes de la economía, y deseosas de ser verdaderamente útiles á nuestras suscriptoras, admitimos siempre las modas nuevas con suma reserva, no aceptando más que aquellas que á nuestro juicio deben prevalecer toda la estacion por su severidad y buen gusto.

CONSEJOS PARA REFORMAR LOS TRAJES ANTIGUOS.

La moda del pelo bajo, y en particular de las castañas, siempre han hallado muchos adversarios en las personas amantes de la limpieza y de la economía. En efecto, por limpio que esté el pelo, nunca dejará de ensuciar el cuello y la espalda del vestido; pero la Moda sabe hallar recursos para triunfar de todos sus enemigos. A este efecto ha inventado un cuello grande y cuadrado del tono más oscuro, si el vestido es dos tonos, ó bien una capucha de lo mismo. Cuando la capucha ó el cuello se ensucian se mudan y la espalda queda siempre limpia.

Para las mangas usadas en la costura interior, basta colocar una tira perpendicular fruncida ó bullonada sobre la parte deteriorada



19. Fichú cerrado por detras (Véase el núm. 20).

que se quiera cubrir, pudiendo hacerlo tanto á lo largo de la costura interior como en la del codo. Estos bullonados pueden adornarse de distancia en distancia con presillas de la tela ó de terciopelo de color que haga juego.

Para traje de baile, es costumbre antigua hacer teñir los vestidos de seda usados para que sirvan de trasparente, pero ahora son más útiles, porque ahorran casi el vestido superior, siendo así que los trajes blancos solo se modifican con echarpes dispuestos en túnica-delantal de diversos colores. Los cuerpos escotados con aldetas se hacen generalmente de tejido distinto que la falda y las mangas, imitando á los figaros ó chaqueta parisienne. Con esto no se necesita el cuerpo, que es lo primero que se pone en mal estado.

(Se continuará).



18. Collar bordado de arañeche.



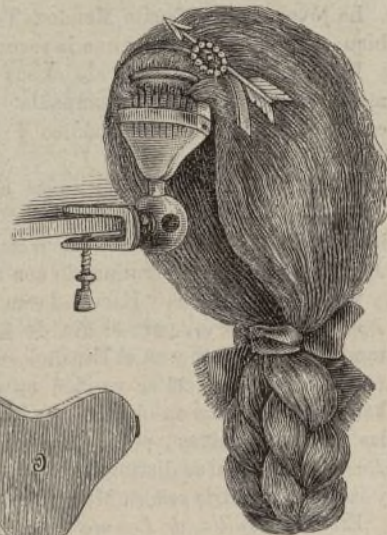
21. Sombrero Marta.



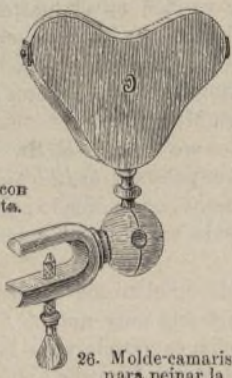
22. Peinado con castaña (Véanse los núms. 23 á 26).



24. Peinado con castaña suelta.



25. Peinado con castaña trenzado.



26. Molde-camarista para peinar la castaña.



20. Fichú cerrado por detras. (Véase el núm. 19).

realza el peinado. Abanico *Sultana* de seda blanca.

FIG. 3.^a—*Traje de salon*.—El vestido es de lana cachemir de dos tonos verdes. Las guirnaldas están bordadas al pasado con seda de china verde oscuro. Una blonda blanca guarnece la túnica, los volantes y la chaqueta de mangas no muy largas. La chaqueta se entreabre por delante y deja ver las aldetas de un chaleco de mangas largas. Peinado de trenzas. Guantes de Suecia gris perla de seis botones.

Recomendamos á nuestros lectores la peluquería de Albendin, Montera 41, entresuelo, en donde encontrarán cuanto puedan desear en postizos, tanto para caballero cuanto para señora.

BAZAR DE LA CONCEPCION.

De los sobrinos de Tintorer y Compañía.—Se dería negra, novedad en lanas, salidas de teatro chales, ropa blanca y géneros de punto. Concepcion Gerónima, 7, Madrid.



23. Peinado con castaña, presentado por detras.

Las Sras. Suscritoras á la 1.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Imprenta de G. Estada, C. Dr. Rouquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.